

EL IMPERIO AMERICANO*

Por JEAN-MARIE DOMENACH**

YA no se cuentan los estudios sobre la sociedad de los Estados Unidos, así como sobre su política y sus prolongamiento en el exterior. Uno de los más recientemente traducidos en Francia, *La pax americana*, de Ronald Steel,¹ aportaba una crítica vigorosa de ese "imperialismo norteamericano" que tantos hombres maldicen cada día en las cuatro esquinas del mundo: "Nuestra ambición no es imperialista, escribía ese norteamericano, y sin embargo conduce a emplear los mismos métodos: establecimiento de guarniciones militares alrededor del mundo, concesiones de subsidios a los políticos y gobiernos clientes, aplicación de sanciones económicas e incluso de la fuerza militar contra los estados recalcitrantes, y el empleo de un verdadero ejército de administradores coloniales que trabajan en organizaciones tales como el Departamento de Estado, la Agencia para el Desarrollo Internacional, la Agencia de Información para los Estados Unidos y la C.I.A."

Sin embargo, nadie había analizado sistemáticamente hasta ahora ese mecanismo y esbozado la figura de una empresa de dominación sin precedentes en la historia del mundo. Hay que rendir homenaje a Claude Julien² por haber intentado esta proeza. A mi parecer no lo ha logrado, pero su libro, aún así, es importante, porque la materia es importante y la manera en que es tratada nos introduce a una reflexión de conjunto. Yo lo siento tanto más cuanto que una suma tal de documentación se encuadra en conceptos vagos y parece estar organizada por la pasión antes que por el razonamiento; de ahí las

* Traducción del artículo "L'Empire américain", *ESPRIT*, 37^e Année, N^o 380 (avril 1969), 637-651, realizada por Jesús Cambre Mariño para la *Revista de Ciencias Sociales* por petición expresa de la Dirección de la misma. Se hace la aclaración que en adelante se traducirá la voz francesa *américain*, por la castellana *norteamericano*, por considerarlo más propio de este idioma.

** Director de la revista *ESPRIT*. [Notas del Trad.].

¹ Un libro que merecía ser traducido y presentado más cuidadosamente (Ed. Buchet-Chastel, 1968).

² Claude Julien, *L'empire américain* (Grasset, 1968). [Hay traducción castellana: *El imperio americano*. Barcelona, Editorial Nova Terra, 1969. Nota del trad.].

contradicciones que se notan. ¿Hace falta entonces no ser apasionado? Seguro que sí: quienquiera que haya vivido, aunque sea por poco tiempo, en los países tenidos por el imperio norteamericano no puede hablar sin cólera ni pensar sin angustia en lo que podría ser la suerte de Europa. En cuanto a mí, ya se verá, comparto una gran porción de las conclusiones del libro de Julien. Pero al leerlo, he llegado a experimentar ese sentimiento desagradable que se tiene a veces en las reuniones cuando el orador defiende con demasiada elocuencia una causa que uno comparte y le anexa tantos argumentos dudosos, de suerte que se siente enseguida la necesidad de un momento de silenciosa reflexión para convencerse que se está sobre el buen camino. La fuerza —y Europa tendrá necesidad de ella para enfrentar una empresa que es mucho más que un "desafío": un asedio convergente por el dinero, la técnica, la presión política y militar— la verdadera fuerza exige que nosotros calibremos rigurosamente la dimensión de la amenaza.

Imperialismo y subdesarrollo

El Imperio norteamericano no es de la especie clásica. Los otros podían delimitarse en el mapa, aunque no fuesen de un solo tenedor. El Imperio norteamericano es fluido, protéico, "sin fronteras".

El modelo romano ha dominado los imperios de Occidente desde la Edad Media. Napoleón se apropiaría de la idea en su provecho. Mas ésta continuaría operando, incluso en la época del capitalismo ascendente, y nosotros hemos conocido sus últimos reflejos: el Imperio francés, que Daladier celebraba en 1939, era todavía la pretensión de unir los pueblos a una metrópoli civilizadora y de enlazarlos por medio de instituciones y símbolos comunes. El Imperio norteamericano es incomparablemente más vasto y potente que los últimos imperios coloniales, gobierna, hace gobernar o tiene en su movimiento naciones bien numerosas; y sobre todo no tiene rival serio,³ lo cual no se había visto desde el Imperio romano. Su potencia de producción y de consumo es fantástica puesto que, ellos solos, los Estados Unidos "consumen casi tanto como el resto del mundo, no obstante estar 17 veces más poblado que ellos".⁴ En cuanto a su potencia de destrucción, se sabe que bastaría para aniquilar varias veces a la humanidad. Pero esta potencia norteamericana es contenida, difusa, frecuentemente invisible. Representar su dominio sobre el mundo sería un trabajo

³ Yo lo entiendo sin rival en el plano de potencia desde hace una década, pero tiene dos competidores en el plano de la pretensión al imperio mundial: la Unión Soviética y China.

⁴ Salvo referencia particular, las citas son extraídas del libro de Claude Julien.

de Penélope, y ciertamente el águila tradicional que adorna la cubierta del libro de Julien, lista a precipitarse sobre el globo, no es un símbolo representativo. La araña sería más apropiada, urdiendo telas de hilos sutiles, pero también capaces de matar.

El imperialismo norteamericano no es un fenómeno reciente. Bastaba a los Estados Unidos, escribe Julien, "ser fieles a sí mismos". La historia parece darle razón: no es la historia de un pueblo que toma conciencia de sus raíces y de sus límites, sino un empuje de dos siglos, una ocupación de la tierra marcada por una sucesión de ardidés y violencias que el heroísmo de los *cow-boys* del Oeste hace olvidar demasiado. Y esta ocupación aún no estaba terminada cuando los Estados Unidos invadían los Estados vecinos, arrebatando territorios al Canadá y a México, interviniendo en América Central, al estilo de los imperialismos más impúdicos...

Sin embargo el Imperio norteamericano tuvo la inteligencia de renunciar a los modos clásicos de expansión por conquista y colonización, para pasar a una forma sutil y diversificada de posesión e intervención. Es notable, en efecto, que después de la Primera Guerra mundial, los Estados Unidos no intentaron establecerse en Europa. Es que ya se habían convertido en la primera potencia técnica e industrial del mundo; presentían, por su propio desarrollo, que la fase histórica que se abría reclamaba operaciones combinadas en lugar del pesado mecanismo y del agrupamiento homogéneo de los viejos imperialismos. Yo diré con mucho gusto (esto no está en el libro de Julien, que yo comento sin pretender resumir) que se desprendieron antes que los europeos de la mentalidad campesina, donde la tierra predomina.

El desarrollo del potencial económico de los Estados Unidos iba a traducirse por una forma de explotación que es constitutiva del imperialismo: la importación a bajo precio de las materias primas. Claude Julien insiste sobre este hecho que, según él, no tendría solamente como causa la insuficiencia de los recursos nacionales, sino ante todo la intención de economizarlos para el futuro, aprovechándose de mejores precios. Así, el 6% de la humanidad consume el tercio de toda la bauxita producida en el mundo (ellos no producen más que el 3%), 36% del cromo (ellos no producen nada), 41% del estaño, 44% del cinc, sin hablar de productos tropicales que son íntegramente importados. Ciertamente, comparadas al conjunto de la economía de los Estados Unidos, esas importaciones no parecen considerables. Pero hay que recalcar: 1) que la mayor parte de esas importaciones son vitales para la industria de los Estados Unidos, en particular para sus sectores de vanguardia; 2) que esas cantidades, débiles respecto al mer-

cado estadounidense, son considerables para las economías de los países exportadores; 3) que la tendencia es al aumento de esas importaciones.

Para Claude Julien, esta carencia de materias primas "indispensables para la prosperidad interior", es la causa principal del imperialismo. Eso es lo que empuja a los Estados Unidos a tratar a tantos países subdesarrollados como cotos cerrados. Sus intervenciones exteriores —de Guatemala al Irán— parecen dar razón cabal a Julien. Sin embargo el eslabón de la consecuencia entre la necesidad de materias primas y sus intervenciones no es evidente. Ante todo, ¿no se exagera esta dependencia vital de los Estados Unidos? Una buena parte de las materias primas tomadas del extranjero, los Estados Unidos la podrían extraer o producir en el interior (Ciertamente, a un precio más elevado) o incluso sustituirla con productos de recambio. En lo que concierne a la agricultura, como Julien lo reconocería, los Estados Unidos son mayormente excedentarios; ocurre que incluso ayudan gratuitamente a sobrevivir a muchos hambrientos en la India, Egipto, en África del Norte y otros lugares. Por otra parte, las estadísticas muestran que la producción de materias primas (minerales, petróleo) progresa al menos tan rápidamente en los Estados Unidos como en el resto del mundo, lo que no se corresponde con la afirmación según la cual los Estados Unidos suplirían la disminución de sus yacimientos con las extracciones del exterior. Pero, sobre todo, lo que resulta debatible es el eslabón de consecuencia necesaria que establece Claude Julien entre esas importaciones y la dominación política. En efecto, otros países se hallan en una situación de "dependencia" parecida, e incluso mucho más acentuada, como lo recuerda Serge Hurlig en un estudio que ha consagrado al libro de Julien:⁶ "Aunque ciertos productos difícilmente reemplazables —al menos a corto plazo— son en efecto indispensables para la economía norteamericana, la totalidad de las importaciones no alcanzó en 1965 más que el 4% de su producto nacional bruto, contra el 14% en Francia, el 19% en la Gran Bretaña, el 30% en Suiza, el 36% en Bélgica, el 46% en los Países Bajos y el 19% en los países de la C.E.E. Menos de la mitad de las importaciones norteamericanas han sido productos agrícolas y materias primas —es decir, menos del 2% del P.N.B. La dependencia de los Estados Unidos es innegable, pero mucho más débil que la de Europa Occidental. (...) Ocurre en efecto que con una población que no representa más que el 90% de la población de los Estados Unidos, y un P.N.B. que no alcanza por completo el 40% del P.N.B. norte-

⁶ Serge Hurlig, en *Project*, feb. 1969, pp. 242 sig.

americano, los seis países de la Comunidad Económica Europea compran mucho más que los Estados Unidos en los países subdesarrollados.

Importaciones procedentes de los países subdesarrollados
(miles de millones de dólares)

(Según el *Bulletin général de statistiques* de las Comunidades Europeas, No. 11, 1968)."

	C.E.E.	Estados Unidos
1958	6.8	5.8
1965	10.5	7.2
1966	11.3	7.7
1967	11.5	7.7

¿Y qué decir de Japón que importa casi todas sus materias primas y que no parece volver por ello a su imperialismo de ayer? Pero Japón, que no es citado por Claude Julien, ofrece un caso completamente contrario a su tesis: Japón importa de los Estados Unidos una gran parte de sus materias primas y exporta allí alrededor de un tercio de su producción (compuesta sobre todo de productos manufacturados; en este caso, es el Japón quien se conduce como "imperialista" respecto a los Estados Unidos, que se conducen como "explotados").

Se podría objetar que los Estados Unidos, sintiéndose investidos de una responsabilidad mundial, creen necesario asegurarse las fuentes de materias primas por medios que están fuera del alcance de las naciones secundarias, las cuales, en suma, se benefician de la protección norteamericana: marchan al pillaje detrás de la gran bestia. Es lástima, sin embargo, que Claude Julien no haya examinado la cuestión, no solamente porque su demostración habría sido menos vulnerable, sino porque nos habría llevado así a una concepción menos mecánica y más verosímil del imperialismo norteamericano: una concepción donde la política, en lugar de ser simplemente como lo creía Lenin, "la expresión más concentrada de la economía", se convierte en su intermediario —un intermediario que puede exagerar e incluso equivocarse completamente, como lo prueban tantos ejemplos contemporáneos, entre otros nuestras recientes guerras coloniales.

Pero en lugar de estudiar esta interacción política, Julien traza un cuadro siniestro de la puesta a saco del tercer mundo. No contentos de arrancar a bajo precio las materias primas, los Estados Unidos empobrecerían el mundo saqueando sus recursos. Hace falta reconocer que la reiteración insistente de las proporciones crea un efecto de es-

cándalo: ese 6% de la población del mundo se otorga en efecto casi tanta riqueza como el resto de la humanidad. Mas, ¿podemos cerrar los ojos a una visión tan inmóvil de las cosas? Por lo pronto, como muestra más arriba Charles P. Kindleberger,* este bajo precio de las materias primas no resulta de un úcase: expresa una relación de mercado, ciertamente desigual, pero que es, además, para los productores, la garantía de que sus suministros no serán reemplazados por las materias primas del país comprador o por los productos de síntesis. Para probar que se trata de un verdadero imperialismo económico, aún haría falta mostrar que los Estados Unidos se esfuerzan, como ayer Inglaterra en la India, por privar a los países coloniales de industria con el fin de exportar allí los productos de su propia industria. Ahora bien, ese no es generalmente el caso (hay una excepción citada por Julien: la oposición estadounidense a la instalación de una fábrica de café soluble en el Brasil), y la parte de las exportaciones en la actividad económica norteamericana sigue siendo muy débil (4%). ¿Se puede, en conciencia, afirmar que "esta sociedad alimenta su prosperidad sobre la miseria de las tres cuartas partes de la humanidad"? Es olvidar también que la tecnología norteamericana ejerce en el mundo entero un papel de estímulo y adiestramiento. En fin y sobre todo, es permanecer en el interior de esta mentalidad campesina que considera la economía del mismo modo que un campo o una cosecha para compartir. La frase siguiente me parece reveladora de esta concepción estática y arcaica: "Los Estados Unidos, por su imperio, se han cortado la mayor porción [del pastel] mordiendo con todos los dientes sobre la parte de los continentes pobres. Para que éstos accedan a una cierta prosperidad, hará buena falta redistribuir de manera más equitativa las partes del pastel". Ese pastel no existe; la riqueza económica del mundo está hecha ante todo de un conjunto de fuerzas que se apoyan o se oponen: trabajo, recursos, técnica, población, transportes, moneda, etc. Eso no es una reserva, un granero o un pastel. Dejarlo crecer es alentar en los pueblos subdesarrollados ilusiones que se volverán contra ellos y acentuarán su dependencia respecto a las grandes potencias industriales, que saben que la prosperidad no es un haber a compartir, sino una riqueza a crear.

Hace falta entonces distinguir entre desigualdad de desarrollo e imperialismo. La primera impulsa al segundo, mas no lo provoca inevitablemente. El requisitorio de Julien se aplica en realidad contra todos los países desarrollados en la medida —frecuentemente mayor que para los Estados Unidos— en que su prosperidad se basa en las

* Domenach se refiere aquí al texto siguiente: "Investissements et matières premières" publicado en el mismo número de *ESPRIT*, pp. 630-636. [Nota del trad.].

importaciones a bajo precio procedentes de los países atrasados. Es un problema enorme, mas éste no es el problema del imperialismo. Alemania era imperialista cuando no era una sociedad de consumo, y ha dejado de serlo ahora que se ha convertido en una sociedad consumidora. Es verdad que el nivel y el género de vida norteamericanos están fuera del alcance del resto del mundo y que son la causa de un desequilibrio escandaloso y temible. Pero aún haría falta preguntarse por qué ese nivel y ese género de vida ejercen sobre la mayor parte del mundo una seducción tal —porque, contrariamente a lo que parece creer Julián, el imperio no es únicamente un hecho de dominación; se asienta también, en parte, en las adhesiones: los pueblos ven allí un modelo de civilización y una forma de organización superior. Ese fue el caso en el Imperio de Alejandro y en el de Augusto.⁶ Kojève verá en ello incluso la encarnación de una idea filosófica.⁷

Es cierto que los Estados Unidos han llevado al máximo la productividad y el consumo. Eso se paga muy caro, en el interior y en el exterior. Mas no podemos conducirnos como si se tratase de una realidad ajena, porque se trata de un sistema donde estamos, querámoslo o no, englobados. El precio de las materias primas, y sobre todo sus variaciones, son un escándalo que tiene la forma de un comercio desigual. Francia y, sobre todo, la Gran Bretaña han contribuido grandemente a ello. Mientras se espera que el mundo entero se convierta al socialismo, lo que importa es concluir acuerdos mundiales de regulación. En todo caso, no se ataca la esencia del imperialismo norteamericano cuando se le liga tan estrechamente con la importación a bajo precio de las materias primas y se le exonera demasiado fácilmente frente a un modelo que nosotros, europeos, veneramos con más servilidad que los mismos norteamericanos. El imperialismo norteamericano no consiste en la explotación de los países subdesarrollados, ni por el sesgo de las materias primas ni por el de las inversiones⁸ (¿cómo explicar por otra parte que las inversiones norteamericanas tiendan a disminuir en los países subdesarrollados para aumentar en los países industriales?). El imperialismo norteamericano es ante todo una política que se desarrolla sobre la base de una desigualdad de la cual todos somos cómplices, todos nosotros, ciudadanos de los países industriales, y doblemente: primero porque nuestros propios imperialismos han contribuido a crear el subdesarrollo, después porque, con los Estados Unidos, nos aprovechamos de ello.

⁶ Para los ricos árabes de Palmyra, vivir a la romana era un ideal, como, para las élites de muchos países subdesarrollados, es vivir a la norteamericana.

⁷ Alexandre Kojève, *Tyrannie et sagesse*, apéndice a *De la tyrannie*, por Leo Strauss (Gallimard).

⁸ Ver, sobre este punto, la crítica de Kindleberger.

El imperio cultural

Sobre los medios de esta política, hallamos en el libro de Julien informaciones más convincentes que en la parte de su análisis que él estima sin razón la más decisiva. Muestra cabalmente, la extraordinaria imbricación del sistema. El ejército es, ciertamente, una pieza maestra y ya se sabe la aplastante superioridad del aparato militar estadounidense, la diseminación de sus bases y, cuando se tercia, sus intervenciones en la forma clásica de la cañonera y del desembarco o en aquella, nueva, de la lucha anti-guerrillera. Se sabe de la guerra del Vietnam. Se sabe menos de la red político-militar que, en el momento oportuno, en América Latina, en Irán, en Grecia, desencadena los golpes de Estado y manipula militares y políticos que le están ligados por interés y, más raramente, por convicción.

Pero la empresa original es el imperio cultural. Aquí la potencia se difumina en la dimensión invisible, la más temible porque apunta al mismo tiempo a conquistar la opinión de las masas y a seducir los espíritus más valiosos en el campo de la técnica y de la enseñanza. Sólo aquellos que ignoran cómo funciona el sistema estadounidense se sorprenderán de que Claude Julien trate al mismo tiempo de la importación de cerebros, de la investigación científica, de la producción militar, de los servicios secretos, de la acción cultural y de la información de masas. En los Estados Unidos se circula fácilmente entre los negocios, la administración, la universidad y el ejército; una parte de la *élite* es intercambiable. Los estragos del *brain drain* comienzan a ser conocidos: la inmigración se hace selectiva y busca favorecer la venida de los sabios y de los técnicos que acrecentarán el potencial intelectual del país. Muchos otros regresan tan contentos de giras de viaje o de conferencias generosamente pagadas, que se harán los propagandistas voluntarios de ese paraíso sobre la tierra. Periodistas, intelectuales, que no son solamente de derecha, son subvencionados indirectamente, con frecuencia por el intermedio de "fundaciones" de las que un escándalo reciente ha mostrado que no sentían repugnancia en transmitir el dinero de la C.I.A. —esa C.I.A. que, en ocasiones, informa a las policías nacionales. Y al igual que el Departamento de Estado impone el boicoteo de las firmas extranjeras culpables de comerciar con China o con Cuba, lo mismo la concesión del visado de entrada a los Estados Unidos constituye un medio de presión sobre los intelectuales extranjeros demasiado críticos. Más grave: la red de informaciones que cubre el mundo occidental es en gran parte estadounidense. Por el juego del monopolio de las agencias de información y de publicidad, se llega, como lo he podido constatar en el Brasil, a

controlar la prensa escrita y radiotelevisada, al menos en lo que concierne a las noticias del exterior.

En fin los Estados Unidos producen toda una cultura de masas que se difunde sobre los dos tercios del mundo y condiciona las mentalidades. Tirillas animadas y televisadas, películas, revistas. . . ; no hay *western* ni dibujo animado que no difunda más o menos sutilmente las imágenes de potencia, el clima de buena conciencia que constituyen la envoltura ideológica del imperialismo. A primera vista, nada más inocente: los Estados Unidos se mueven en el cielo de la Democracia, de la Libertad y del Progreso. Mas este idealismo sirve de cobertura a la potencia. Claude Julien da abundantes citas y hechos, y es notable que los dirigentes más "idealistas" de los Estados Unidos hayan sido a menudo, desde MacKinley, los más imperialistas. Tocqueville había ya notado que los Estados Unidos hacían en público un gran consumo de Dios. Pero, como lo recalca Julien, el trabajo de Dios es difícil de realizar sobre esta tierra, sobre todo cuando se le hace servir para justificar la riqueza y la dominación. La ideología norteamericana posee una fuerza indisputable —se ha visto muy bien cuando el presidente Kennedy ha pasado casi a los ojos del mundo, comprendida la izquierda europea, por una suerte de Juan XXIII, mientras lanzaba el imperialismo norteamericano al asalto de Cuba y del Vietnam. Es que ese idealismo permite rebasar el aislacionismo en que siempre tiene la tendencia a refugiarse el orgullo nacional y combinar ese nacionalismo de defensa con un intervencionismo activo. Imperialismo bien pensante, ingenuo y casi jovial. Escuchemos al presidente Johnson: "Mi avión se ha posado en más de treinta países diferentes y entre los rostros de aquellos que me esperaban al pie de la escala, siempre he leído la envidia de ser un ciudadano norteamericano." Una envidia que es susceptible de resolverse: "El Imperio, escribe Julien, forma por sí mismo no solamente los cuadros que le servirán más o menos lealmente, sino también los dirigentes revolucionarios que lucharán contra él."

Esta ideología ha hallado en el anticomunismo su expresión agresiva. Es para salvar a los pueblos del comunismo por lo que interviene el Imperio en casi todo el mundo. Pero los regímenes que instala o que sostiene son la demostración viviente de la mentira de una ideología que pretende luchar por la libertad y el progreso. De hecho no hay peor desmentido a las pretensiones de los dirigentes de los Estados Unidos que esas dictaduras crueles, esas oligarquías corrompidas y corruptoras que, del Brasil al Vietnam, pasando por Grecia, le deben su existencia o, en todo caso, la supervivencia.

Cuadro sombrío. Si se le corrige una excepción: el Japón, donde Mac Arthur, quien no era un idealista, ha contribuido efectivamente a democratizar el país,⁹ parece harto cercano a la realidad. El cuadro está, no obstante, falseado porque presenta como una empresa concertada un conjunto de instituciones, de fuerzas y de ideas que, de hecho, no funcionan todas en el mismo sentido. Así la Universidad, que es sin duda actualmente la fuente principal de la potencia estadounidense, está lejos de ser orientada hacia esta potencia; más bien al contrario: ¿no es ella tanto más fecunda y tanto más atrayente cuanto que desarrolla la investigación y la enseñanza al margen de las preocupaciones inmediatas de eficacia? ¿Es verdaderamente el efecto de una seducción demoníaca del Imperio, si se encuentran allí hombres que buscan conocer, comprender y que no vacilan en criticar? El culto de la verdad, ¿no sería más que un ardid de la potencia? Julien nos encierra en una contradicción sin salida. Porque la búsqueda de la verdad —filosófica, científica, histórica— que no se puede ya hacer sin contacto con la cultura de los Estados Unidos, equivaldría a una participación en su imperialismo. De ahí la tentación de lanzarse a la denuncia lírica, de gloriarse de los atrasos y de las ignorancias de menospreciar la investigación y la objetividad —tentación paralela a la de una disputa abusiva, que opone a la "racionalidad burguesa" la espontaneidad de lo irracional. Ahora bien, si se confía en la razón, hace falta también creer que ella es capaz de producir los elementos de una crítica del imperialismo sobre su propio terreno. No olvidemos que la revuelta de los estudiantes ha comenzado en Berkeley tres años antes que en París. Y la crítica que nosotros desarrollamos —también la de Claude Julien— toma la mayor parte de sus municiones de los sociólogos, los intelectuales y de los novelistas estadounidenses. Vayamos más lejos: la explosión de lo irracional en Europa ha contribuido al reforzamiento del Imperio: fueron ante todo los sabios ahuyentados por el nazismo, después otros sabios arrojados por el stalinismo, quienes han llevado la física nuclear, la astronáutica, la sociología, al nivel que conocen allá.

No es exacto presentar todas las instituciones estadounidenses como los engranajes de la gran máquina imperialista. Después de todo, fue

⁹ Al caso del Japón, haría falta añadir el de la Alemania ocupada. Estos dos ejemplos tienden a mostrar que cuando los Estados Unidos obran como vencedores, cuando decretan, o hacen decretar, ciertas medidas, su acción provoca una liberalización, una democratización, a diferencia de lo que ocurre cuando obran como poder tutelar, dejando a los "indígenas" el cuidado de regir sus asuntos. Dicho de otro modo, el Imperio norteamericano, cuando se ejerce de la manera más directa y más "imperial", engendra más bien un progreso de las libertades; cuando se ejerce de manera indirecta y disimulada, engendra regresión y opresión. Eso debería hacer reflexionar sobre una cierta heterogeneidad de su naturaleza, sobre su contradicción fundamental y, por ende, su debilidad.

a los médicos norteamericanos que Frantz Fanon pidió socorro antes de morir. Es en las universidades de los Estados Unidos donde hallaron refugio tantos perseguidos, entre los cuales algunos proceden de los países donde reinan las dictaduras sostenidas por Washington. Y las mismas fundaciones que sirven de intermediarias a la C.I.A. sostienen, a veces, a los antifascistas europeos. Si es verdad —y yo estoy convencido— que “el combate pro o contra el imperio [...] es fundamentalmente un combate pro o contra el modo de civilización que Norteamérica pretende suministrar como ejemplo a la humanidad”, hace falta añadir, primeramente, que ese combate se realiza también en los Estados Unidos y, segundamente, que no pueda ser ejecutado como una operación de guerra donde hace falta rechazar al otro como un todo. Norteamérica es hija de Europa. Por odiosa que sea a menudo la acción de los Estados Unidos, ellos continúan portando una parte de nuestros valores, ellos han sido un refugio y un socorro para la Europa desgarrada. Yo no puedo considerar su destino como ajeno al nuestro y yo no deseo que nosotros tengamos que combatirlos un día como lo hacen los vietnamenses, aunque yo creo que Europa debe sacudirse su tutela.

El libro de Claude Julien es un requisitorio, más bien que una historia y un estudio científico, de lo que, sin embargo, tiene ciertas apariencias. Su argumentación se encadena de manera tan categórica que puede a veces volverse del revés. Si es verdad, por ejemplo, que los Estados Unidos, cuando las dos guerras mundiales, han esperado largo tiempo antes de intervenir, ¿cómo ver en ello una prueba de imperialismo? No moverse hasta que ellos mismos son atacados —como les reprocha Claude Julien— es un comportamiento egoísta, pero no es ciertamente un comportamiento imperialista. ¿Qué habría dicho Julien si hubiesen intervenido antes?: que su precipitación probaba que no esperaban más que el momento de inmiscuirse en los asuntos de los demás... En verdad hacía mucho tiempo que los europeos les pedían socorro. Es sorprendente que Julien trate del imperialismo norteamericano sin referencia a los otros imperialismos que le han, por así decir, abierto el apetito: el alemán, primero; después, el soviético. Porque yo no creo que, como pretende Julien, el imperialismo norteamericano esté en la línea recta de la conquista de fronteras. Al contrario: los Estados Unidos han ensayado primeramente encerrarse en un mundo aparte, un mundo mejor en el interior de un semi-continente casi virgen y de una esfera cultural homogénea constituida en el siglo XVIII.¹⁰ El imperialismo norteamericano, hasta 1917 no ha te-

¹⁰ Cf. Louis Hartz: *Les enfants de l'Europe* (Coll. Esprit, Ed. du Seuil), p. 81 sig.

nido dimensión mundial. Este egoísmo nacional no es todavía, en el sentido fuerte de la palabra, un imperio. Pero lo que tiene de sueño universal se va a cristalizar en imperialismo cuando es confrontado a la realidad del mundo, no solamente por las llamadas de socorro de Europa, sino por otra ideología universal que viene a contradecir la suya. "Es la revolución rusa lo que confiere sus dimensiones mundiales al sueño nacional norteamericano."¹¹ Es ella, en efecto, la que les revela su mundialidad y les llama a asumirla en la dimensión cósmica. Ella; después, la Revolución china, ahora que la U.R.S.S. ha llegado al rango de gran potencia casi conservadora. No se trata de esbozar una partición de las responsabilidades, pero es imposible pensar el imperialismo norteamericano, tal como se nos presenta, sin tener en cuenta otros imperialismos de los cuales los europeos han conocido la amenaza y la tiranía: el de Hitler; después, el de Stalin. Recordemos los Estados bálticos (1940), Praga (1948), Yugoslavia (1949)... Que se combatan o que se entiendan, los dos grandes imperialismos contemporáneos están ligados. Y el imperialismo ruso (Praga 1968) sirva todavía más al imperialismo al hacer planear sobre las naciones de Europa una inquietud que las empuja a buscar ayuda y contra-seguridad en los Estados Unidos.

Anti-americanismo y anti-imperialismo

"Ese monstruo indefinible que el marxismo ultra-esquemático llama imperialismo"¹² no surge del libro de Julien con una identidad más clara. En ningún momento veremos apuntar una definición. Ora se trata de una potencia que se engendra a sí misma. ("La potencia reclama un aumento de potencia"... "La potencia reclama al imperio".) Estaríamos entonces ante un mecanismo tan viejo como el mundo y que caracteriza la política de los hombres. Como el pecado original o la tragedia griega. Ora, al contrario, se tiene la impresión de una empresa sabiamente concertada y no de una fatalidad: diplomáticos, financieros, militares, espías, investigadores, todos trabajan para instaurar el reino mundial de los Estados Unidos, y esto por el intermedio absolutamente nuevo de una red increíblemente sutil y articulada. Ora —y esto parece ser el *leit-motiv* del libro— el imperio se identifica con el escándalo del super-consumo de un pueblo cebado que se apropia, para su subsistencia, una parte excesiva de las riquezas de la tierra...

¹¹ A. Doremans: "Note sur la cohérence du phénomène américain", *Diogenes*, N° 65.

¹² Maxime Rodinson: *Israël et le refus arabe* (Seuil).

Hay, seguramente, relación entre esos tres niveles; pero haría falta articularlos. El primero —el de la potencia fascinada por sí misma— recuerda la filosofía o la teología. El segundo, lo hemos ya visto, debe ser distinguido del tercero. Claude Julien profiere una inexactitud cuando escribe: "Si el norteamericano consume más que el europeo, es ante todo porque el Imperio que los Estados Unidos ejercen sobre el mundo y sobre sus riquezas es más potente, más eficaz, que el imperio de Europa". No, es porque la organización social y técnica de los norteamericanos es superior y también porque su historia no ha seguido el mismo camino, y en fin porque hay allí una coincidencia fecunda entre su dimensión nacional y las condiciones de la potencia contemporánea. La empresa multiforme de dominación se sirve de esta riqueza más de lo que la crea. Por otra parte es mucho menos homogénea de lo que deja creer Claude Julien.

¿Por qué, se dirá, esos *distinguo*, cuando el mundo de los pobres hace frente a una agresión de la cual los Estados Unidos son los autores principales y que, ante todo, lo que importa es organizar la resistencia? Primero porque la verdad es la verdad, incluso si no sirve inmediatamente las buenas causas. Enseguida porque la división del mundo no es sólo entre el imperialismo norteamericano, el imperialismo ruso y otros, como los micro-imperialismos europeos, y el naciente imperialismo chino, más la masa de los pobres, quienes, fuera o dentro de los imperios, los sufren o los combaten. En fin porque cierto anti-americanismo patético, lejos de ser un arma contra la dominación de los Estados Unidos, contribuye a debilitar las capacidades intelectuales de resistencia; cuando no se está en condiciones de conducir una lucha real, se recurre a las denuncias verbales, tanto más exageradas cuanto que son inoperantes, y se llega a veces incluso a las aberraciones que comprometen la esperanza de una reparación: es así que en América Latina, la propaganda contra el control de la natalidad se vale de la lucha contra política castradora de los Estados Unidos. Contra el imperio norteamericano, si hace falta enfrentarlo con la violencia, entonces es el vigor de un pueblo quien habla, como en Vietnam. Pero sí, como en Europa, se trata de una amenaza sutil, que nos envuelve y nos infiltra, entonces fortifiquemos nuestra solidez cultural y moral; seamos, para empezar, rigurosos con nosotros mismos. Yo no quiero ser colonizado. Mas para eso, yo no quiero conducirme como un colonizable.

Queda el segundo nivel, la cuestión central, sobre la cual *Esprit* ha tomado posición tan a menudo. En términos fuertes, Claude Julien advierte a los europeos que el modelo norteamericano "no es genera-

lizable" y que los europeos, en lugar de precipitarse "en el ciclo frenético de la sociedad de consumo", deberían bosquejar relaciones nuevas con las naciones subdesarrolladas. El castigo del Imperio norteamericano es alejarse del mundo a medida que se extiende; el tipo de sociedad que propaga destruye las culturas e impide progresar a los pueblos atrasados.¹³ Julien tiene razón mil veces al recordárnoslo. Y haría falta prolongar su crítica más allá de las estructuras y de las instituciones, hasta los valores y los comportamientos que Europa ha legado a Norteamérica y continúa compartiendo con ella; el imperialismo norteamericano tiene sin duda la misma causa profunda que los colonialismos europeos: la voluntad de transformar el mundo según el modelo exclusivo de la civilización occidental, una suerte de captación, ora brutal, ora suave, de todas las riquezas de la naturaleza y de la cultura con el fin de consumirlas o de moldearlas a nuestra semejanza. Esa fue la grandeza pero también el horror de una empresa más destructora que creadora.¹⁴ Y no es solamente porque apunta a una dominación mundial que él no sabría esperar sin catástrofe, pero es porque, más profundamente, persigue un ser que se le escapa en ese activismo productor y ese frenesí consumidor, que el imperialismo norteamericano, abominable en su violencia, es injustificable en su finalidad, y amerita la definición que daba Schumpeter: "Una búsqueda sin objeto".

¹³ Este punto se subraya reiteradamente en la obra de René Dumont y Marcel Mazoyer: *Socialismes et développement* (aparecería en mayo de 1969 en las Ed. du Seuil).

¹⁴ Cf. Jacques Berque: *La dépossession du monde* (Ed. du Seuil).